LA MODA ELEGANTE

Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 43.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario—Acerico para el tocador.—Fleco al crochet para capas, chales, etc.—Presilla para recojer los trajes.—Lambrequin para canastillas, etc. — Cuello de frivolité. — La lisonja.—Las mujeres de nuestro siglo.—Explicacion del grabado de modas.—Edades del amor.—Un año de matrimonio.—Un viaje en ferro-carril.—Problemas de ajedrez.

Acerico para el tocador.

MATERIALES. —Hilo de linó muy fino (n.° 100); 40 ó 50 centímetros de tafetan color de cereza cortado al sesgo; 2 metros de cinta de tafetan del mismo color que tenga 5 centímetros de ancho; una madeja de torzal de seda amarilla paja; la misma cantidad de la misma seda negra; forro, etc.

Este acerico presenta en su centro un sortijero y va cubierto por una envoltura de red, por la cual comenzaremos nuestra explicacion.

La dicha envoltura, que es redonda, se hace en espiral; se la comienza por el medio. Se la ejecuta con hilo de linó, y se escoge por molde una aguja fuerte de acero de las de hacer media, cuya circunferencia (medida con una hebra de hilo) debe tener tres cuartos de centímetro. Sobre este molde se arman 40 puntos, para cada uno de los cuales se dan dos vueltas con el hilo al rededor de la aguja, lo cual forma mallas muy grandes, que facilitan la ejecucion de la vuelta siguiente. Despues de haber reunido el último punto al primero, se trabaja en redondo, ó se hacen primero ocho vueltas sencillas, envolviendo una sola vez el hilo al rededor del molde, colocando un punto en cada punto.

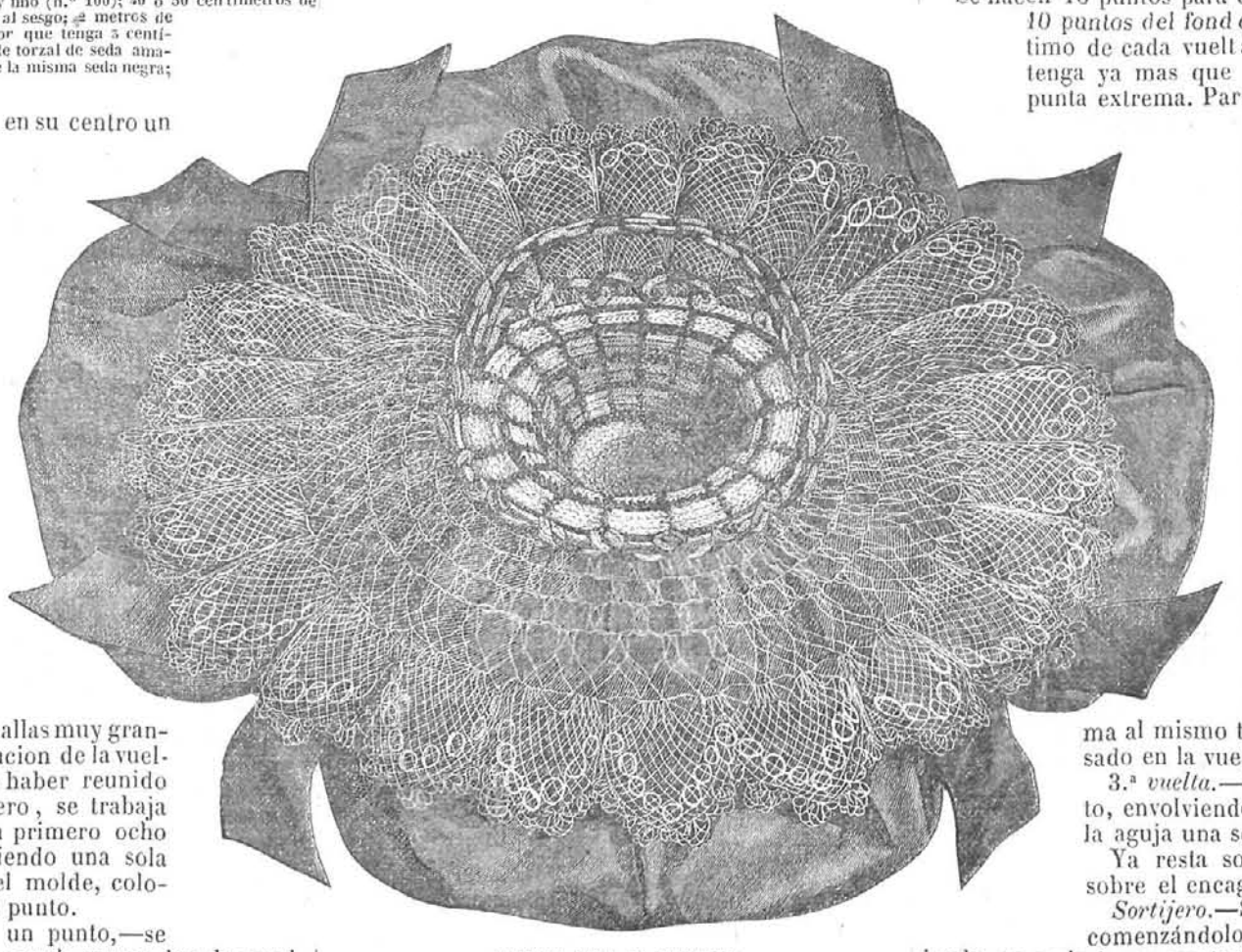
9.ª *vuelta.*—* Se pasa un punto,—se hacen 5 en el siguiente, y cada vez se dan dos vueltas al hilo al rededor del molde. Vuélvase á empezar desde *.

10 y 11 *vuelta.*—Un punto en cada punto, dando una sola vuelta al hilo al rededor del molde.

12 *vuelta.*—Un punto en cada punto, pero dando alternativamente con el hilo *una sola vuelta* y luego *dos*, de modo que se haga un punto corto,—despues un punto largo, y asi sucesivamente.

13 *vuelta.* —En cada punto un punto, pero envolviendo el hilo *una sola vez* al rededor de la aguja.

14 *vuelta.*—Para explicar esta vuelta tenemos necesidad de representar uno de los puntos largos formados en la 12 vuelta. Cuando se desmontan los dos puntos cortos hechos en la 13 vuelta á uno y otro lado del punto largo, se envuelve el hilo dos veces al rededor del molde, y se saca el punto siguiente, el cual se va á desmontar de abajo arriba al través del punto; se envuelve el hilo una sola vez, despues se hace el punto siguiente, sacándolo de abajo arriba al través del punto; esta combinacion se repite hasta el fin de la vuelta.



ACERICO PARA EL TOCADOR.

Las vueltas 13 y 14 se repiten cuatro veces, haciéndolas alternar. En seguida se hacen dos vueltas como la 13.

Se hace una vuelta igual á la 9.ª, — luego 4 lisas (puntos cortos), haciendo un punto en cada punto. El fondo está terminado. Vamos á describir los festones, que se hacen por separado con puntos cortos de ida y vuelta.

Se hacen 10 puntos para comenzar cada feston en *10 puntos del fondo; despues se deja el último* de cada vuelta hasta que el feston no tenga ya mas que un punto formando su punta extrema. Para el feston siguiente se ata el hilo al primero de los 10 puntos mas próximos pertenecientes á la última vuelta del fondo. Cuando se han terminado todos los festones, se los orla con un encage.

1.ª *vuelta del encage.* Para cada punto se envuelve el hilo dos veces al rededor del molde; se hacen 5 puntos en un punto,— se pasa el siguiente,—el que se pasa es el que forma la punta del feston.

2.ª *vuelta.* — Se envuelve el hilo una sola vez al rededor del molde: se hace un punto en cada punto, y al hacer el que separa los grupos de 5 puntos, se toma al mismo tiempo el que se ha pasado en la vuelta anterior.

3.ª *vuelta.*—Un punto en cada punto, envolviendo el hilo al rededor de la aguja una sola vez.

Ya resta solo pasar hilo de brillo sobre el encage. (Véase el dibujo.)

Sortijero.—Se le hace al crochet, comenzándolo por el fondo y trabajando en espiral con puntos sencillos muy apretados, ejecutados sobre algodon torcido. Se toma la seda amarilla, se hace una cadeneta de 4 ó 5 puntos, se reune el último con el primero, y se hacen 9 vueltas poco mas ó menos, creciendo sin cesar para que el fondo quede plano. La vuelta siguiente se hace con seda negra y se compone de 72 puntos. Se principian los rebordes, cuidando de estirar el

© Biblioteca Nacional de España

algodon y de crecer gadualmente, para darle una forma ensanchada por arriba; con rayas negras se forman cuadros que van abriéndose hácia la parte superior. En la primera vuelta del reborde (sin crecido) se hacen alternativamente 3 puntos amarillos y uno negro,—la vuelta se compone de 18 puntos negros (que principian las rayas) siempre separados por 3 puntos amarillos. Despues de haber hecho 3 vueltas como esta, se hace una enteramente negra para separar los cuadros; en cada cuadro amarillo se crece un punto. En la 5.ª vuelta (negra) se trabaja no solo sobre el algodon grueso, sino que se añade á este un alambre delgado, para sostener la labor.

La 17 y última vuelta se hace con seda negra.

Se rodea el reborde con una especie de cordoncillo formado por una cadeneta de cerca de 80 centímetros de largo, hecha con seda amarilla. —Sobre esta cadeneta se hacen con seda negra puntos en el aire, que de cuatro en cuatro se fijan á la cadeneta de modo que imite un cordon torcido compuesto de seda negra y amarilla. Este se cose al rededor del sortijero, consultando nuestro dibujo.

Asa.—Se toman dos cerdas de puerco que tengan 12 centímetros de largo, y se las cubre por separado con puntos sencillos, haciendo alternativamente 4 puntos negros y 4 amarillos. En el lado opuesto á aquel sobre el que se ha trabajado, se hace una vuelta como la que se acaba de describir, y se ejecuta el primero de cada uno de los puntos negros y amarillos sobre el asa misma,—los otros tres puntos negros sobre la hebra amarilla, — los otros tres sobre la hebra negra, á fin de que en estas dos vueltas los colores vayan encontrados. Estas dos tiritas se cosen una á otra por el medio en un espacio de 5 centímetros y esto forma un asa abierta por sus extremos, la cual se cose en el sitio correspondiente.

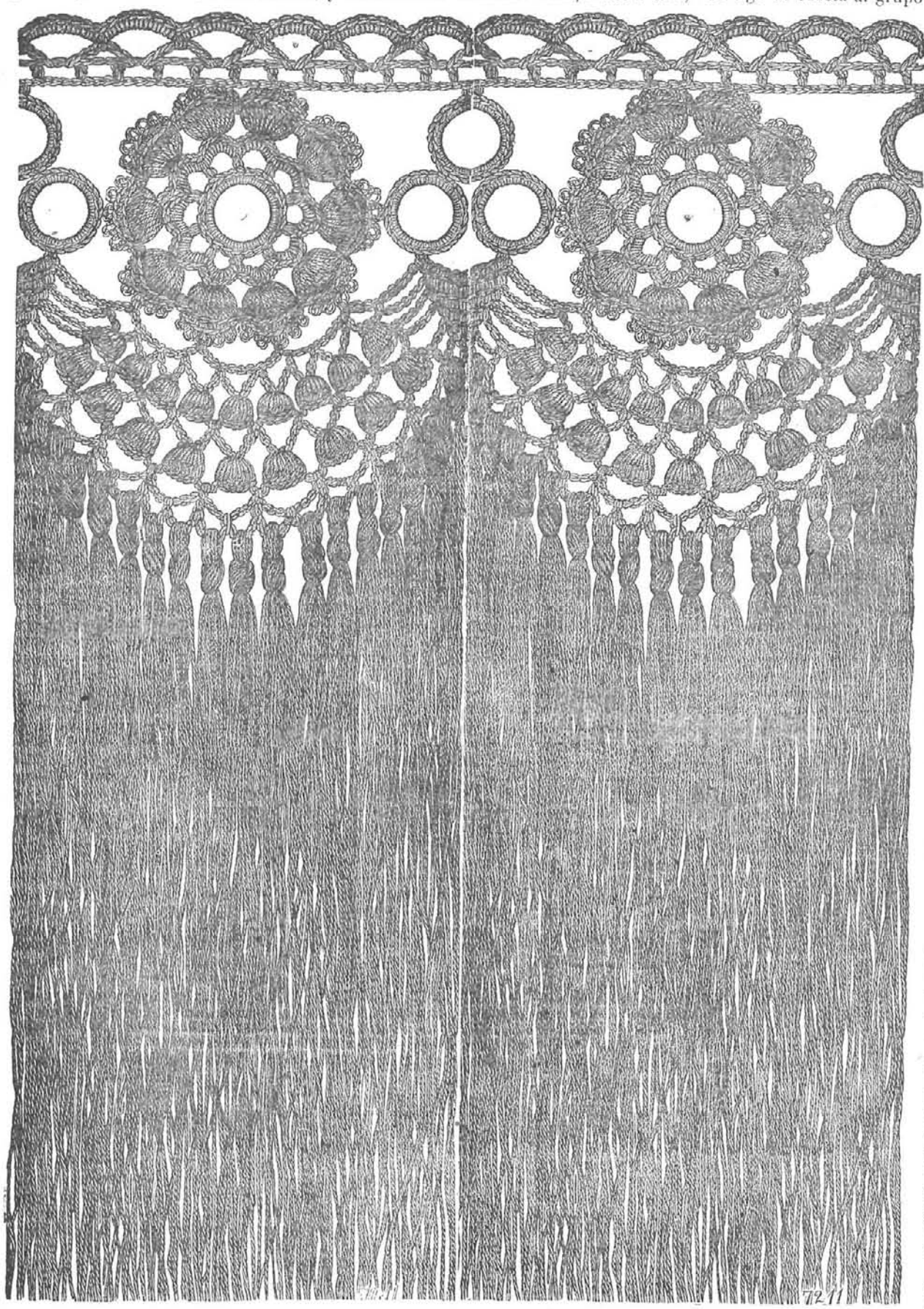
Acerico.—Se cortan dos pedazos redondos de 15 á 16 centímetros en percalina; se las cose una á otra dejando una abertura pequeña, y despues de haber cosido en el medio una redondela de 2 centímetros de diámetro, se rellena el cogin con salvado; se cierra la abertura, y se principia á revestir el acerico.—Se toma una tira de tafetan al sesgo, que tenga un metro de largo por 17 á 19 centímetros de ancho; se la frunce por ámbos lados; esto forma un bullon, que se cose al rededor del cogin á 3 centímetros de distancia del centro y luego en la parte de debajo del acerico, á 1 centímetro de distancia de su borde inferior. Se atraviesa perpendicularmente este bullon á distancias iguales con una cinta que tenga 3 centímetros de ancho, del mismo color que el tafetan. En cada una de estas presillas de cinta se pone un lacito pequeño. Se coloca la cubierta de red sobre el bullon, y al mismo tiempo el sortijero en el hueco que le está reservado. Esta cubierta se fija por un punto de trecho en trecho. La parte inferior del acerico se forra de tafetan. Esta labor así concluida es muy linda.

Fleco al crochet para capas, chales, etc.

MATERIALES.—Torzal grueso de seda negra; anillos de cobre del tamaño indicado por los círculos de nuestro dibujo.

Este dibujo, de tamaño natural, podrá tambien ejecutarse con algodon blanco ó lana, segun el uso á que se destine.

Se cubre con puntos sencillos cierto número de anillos, y se los reune al mismo tiempo tres á tres, consultando su disposicion en el dibujo. Las rosetas que alternan con los anillos tienen en el medio un anillo semejante, al cual se refieren las vueltas que siguen:



FLECO AL CROCHET PARA CAPAS, CHALES, ETC. (TAMAÑO NATURAL.)

1.ª *vuelta.*—* 1 punto sencillo,—5 en el aire, —vuélvase á comenzar 9 veces desde *; los puntos sencillos deben colocarse á distancias iguales al rededor del anillo.

2.ª *vuelta.*—Sobre cada uno de los 10 festones compuestos de puntos en el aire de la vuelta anterior, se hacen 7 puntos sencillos.

3.ª *vuelta.*—4 puntos-cadenetas para llegar al medio del primer feston,—3 puntos en el aire,—7 bridas en el punto del medio de este primer feston,—despues 8 bridas en cada punto del medio de cada uno de los 9 festones siguientes. Se termina esta vuelta reuniendo la última brida á la primera formada por los 3 puntos en el aire.

4.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre la primera brida,—6 sencillos, separados uno de otro por uno en el aire, sobre las 6 bridas siguientes,—uno sencillo en el vacio que separa este grupo de bridas del siguiente,—vuélvase á empezar desde *. Sobre cada grupo de bridas se han formado así 5 puntitas. El dibujo indica que con una punta del medio se liga la roseta al grupo de los tres anillos. — Se continúa colocando una roseta á cada lado de los tres anillos.

Cuando se ha hecho un largo suficiente, se comienza la orla. El revés de esta debe encontrarse con el derecho de las rosetas.

1.ª *vuelta* de la orla.—Se juntan los dos anillos de abajo haciendo primeramente 1 punto sencillo sobre uno de estos anillos,—9 puntos en el aire, — 1 sencillo sobre el otro anillo, —* 10 en el aire,—1 sencillo en la punta del medio del grupo mas próximo de bridas de la roseta; 3 veces 9 puntos en el aire, y entre éstos 9 se hace siempre un punto sencillo, colocado en la punta del medio de los otros grupos de la misma roseta, —10 puntos en el aire, — 1 sencillo sobre el primer anillo, —9 en el aire,—1 sencillo sobre el anillo siguiente, —se vuelve á empezar desde *.

2.ª *vuelta.*—* 11 puntos sencillos sobre los 11 primeros de la vuelta anterior (es decir sobre los 9 puntos en el aire y los 2 sencillos colocados á cada lado de estos),—6 en el aire, — 1 sencillo en el 7.º de los 10 puntos en el aire, — 7 en el aire, — 1 sencillo sobre el sencillo que sucede á los puntos en el aire de la vuelta anterior; —§ 7 puntos en el aire, — 1 sencillo en el 4.º de los 9 en el aire que componen el feston siguiente. Vuélvase á comenzar 7 veces desde §, colocando los puntos sencillos de tal modo que en la 7.ª repeticion el último punto sencillo se halle sobre el 3.º de los 10 en el aire de la vuelta anterior, es decir, sobre el último feston, junto á los anillos; se hacen en seguida 6 puntos en el aire, y se vuelve á empezar desde *.

3.ª *vuelta.* — 9 puntos sencillos sobre los 11 de la vuelta anterior,—6 en el aire; § uno sencillo — 6 bridas,—1 punto sencillo,—todos estos 8 puntos se hacen en el del medio del feston compuesto de 7 puntos en el aire,—6 en el aire; vuélvase á comenzar 8 veces desde §; 6 puntos en el aire.—Vuélvase á comenzar desde *.

4.ª *vuelta.*—* 7 puntos sencillos sobre los 9 sencillos de la vuelta anterior,—6 en el aire,—1 sencillo en el último de los 6 en el aire que preceden al grupo de las bridas; § 7 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston de los 6 puntos en el aire de la vuelta anterior; se vuelve á comenzar 8 veces desde §,—6 puntos en el aire.—Vuélvase á comenzar desde *.

5.ª *vuelta.*—Como la tercera, con la diferencia de que en lugar de 9 puntos sencillos al principio,

© Biblioteca Nacional de España

se hacen 5 sobre los 7 sencillos de la vuelta anterior.

6.ª *vuelta*.—Como la cuarta, pero se hacen solo 8 puntos sencillos sobre los 5 sencillos de la vuelta anterior.

7.ª *vuelta*.—* 1 punto sencillo sobre el primer feston de 6 puntos en el aire,—6 en el aire,—§ uno sencillo en el mas próximo sencillo de la vuelta anterior,—6 en el aire.—1 sencillo en el medio del feston siguiente, que corresponde á la vuelta anterior,—6 en el aire,—vuélvase á comenzar 8 veces desde §,—1 punto sencillo en el otro mas próximo de la vuelta anterior,—6 en el aire,—1 sencillo en el medio del feston siguiente,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 de la vuelta anterior. Vuélvase á comenzar desde *.

En los festones de esta última vuelta se atan las borlas, compuestas de 16 hebras; la pequeña orla superior puede ejecutarse sin explicacion, con solo consultar el dibujo.

Presilla para recoger los trajes.

Publicamos en tamaño natural la presilla que figura en la primera plana del n.º 39. Como entonces digimos, se llevan enaguas interiores semejantes al traje; sobre estas enaguas se pegan 6 ó 7 presillas para llevar á este recogido por medio de ellas, cuyos ojales entran en botones colocados en la guarnicion del traje. Estas presillas se sitúan á 12 centímetros de distancia del borde inferior de la referida enagua, y en este sitio se las cose.

Cada presilla lleva al rededor dos cintas de terciopelo ó tafetan. Se le hace el ojal indicado en el dibujo. Aquella debe cortarse doble, es decir que va forrada con tela igual á la suya, á la de la enagua á la que está cosida, y á la del traje que recoje. Antes de entrar en una sala se desabotonan las presillas, las cuales caen sobre la enagua; el traje, que no está ya sujeto, viene á cubrir la enagua y las presillas.

Lambrequin para canastillas, etc.

MATERIALES.—Reps violeta de lana; paño blanco fino; torzal de seda amarillo de oro, violeta y de tres puntos del verde; seda de coser violeta, amarilla de oro y verde, para las borlas.

Cada una de las puntas del lambrequin se compone de dos partes; la de debajo, que es la mayor, es de reps violeta; la de encima de paño blanco; ámbas se recortan con el sacabocados. Sobre el paño blanco se traslada y se borda la ramita de violetas que representa nuestro dibujo; se la ejecuta á punto de feston, á excepcion de los tallos y ramas, que se hacen á punto de cordoncillo. La hoja grande y el corazon de la violeta á medio abrir se hacen de un punto verde mediano y de un punto claro; el tallo de un verde oscuro.

La violeta abierta y la cerrada se bordan con seda violeta. En el centro de la flor se forma un lunar amarillo; se fija el paño blanco sobre el reps violeta con puntos largos (señalados en el dibujo) hechos entre cada punta pequeña con seda amarilla. Cada punta así preparada se fija (véase el dibujo) sobre una cinta de tafetan verde cubierta por un rizado recortado de reps violeta. Las borlitas llevan una cabeza compuesta de fleco sin recortar, ejecutada sobre una aguja de madera de hacer punto, con seda violeta puesta triple.

Cuello de frivolité.

MATERIALES.—Hilo de lino del número 60.

Hemos iniciado recientemente á nuestras lectoras en esta bella labor, publicando explicaciones y dibujos. Con aquellos datos ya podrán ejecutar el presente cuello.

Se compone de tres diferentes figuras que vamos á describir brevemente.

Estrellas.—Se hace primero el anillo del centro, ejecutando alternativamente un nudo doble con piquillo y un nudo doble sin él. El número de estos nudos se arregla por el de las hojas de la estrella. Estas hojas, hechas de una sola pieza, son doce para las estrellas del borde, —diez para las intermedias,—ocho para las colocadas junto á la abertura del cuello. Para cada hoja se hacen 9 nudos dobles, y un piquillo con cada uno de los tres nudos dobles del centro.

Los *tréboles de cuatro hojas* se hacen por separado. Cada una de las hojas se compone de 9 nudos dobles; en el del medio se hace un piquillo.

El *contorno del cuello* se compone de dos filas de hojas con piquillos; una de estas filas se dispone en forma de escamas; la otra, la interior, se compone de hojas colocadas rectas; cada una de las hojas se forma con once nudos dobles, el primero y el último sin piquillos. Todas estas figuras se cosen en sus sitios correspondientes, consultando el dibujo, y empleando hilo sumamente fino.

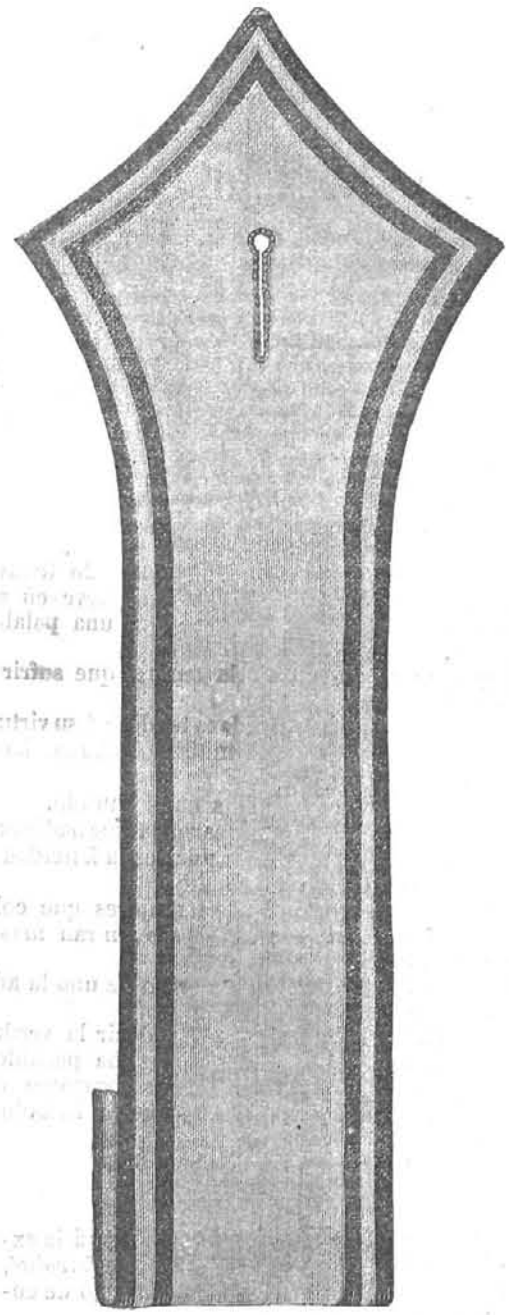
LA LISONJA.

¿Saben ustedes lo que es un poco de jabon extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros piés aprovechan para irse siempre que se le pone delante.

Una especie de argumento repentino cuya luz nos hiere como un relámpago y en cuya virtud nos convencemos prácticamente de que para medir la tierra no es necesario saber geometria.

El hombre mas vigoroso y mas ágil, no tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabon que



PRESILLA PARA RECOJER LOS TRAJES.

suavemente se ha interpuesto entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esta sustancia, no hay mas remedio que caer: porque siempre que los piés se van, el hombre se queda... tendido...

La lisonja es un poco de jabon.

Jabon suave y perfumado que se diluye en una cantidad de palabras corrientes, que se deslizan á nuestro alrededor como las ondas del aire que respiramos, como los reflejos de la luz que nos alumbra.

El ruido de la lisonja es á nuestros oidos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro.

Así como el oro es el espejo donde se mira la codicia, así la lisonja es la tersa superficie donde refleja la vanidad.

Todos los venenos no son amargos, y hay algunos que son demasiado dulces.

La lisonja y la injuria se parecen como la víbora y el escorpion: ámbos son venenosos.

La diferencia que hay entre uno y otro consiste en que la víbora muerde y el escorpion lame.

No hay puerta que se nos cierre si llamamos á ella con la voz de la lisonja.

Todos los vicios deben su poder á la adulacion.

El juego presenta á los ojos del que quiere seducir, la continua perspectiva de la ganancia.

Constantemente hace sonar en sus oidos el ruido del dinero que debe ganar.

La lisonja es la gota de agua que taladra la piedra.

Es tambien ese vacio que abren á nuestros ojos todos los abismos.

Esos vacios que nos arrastran con la fuerza misteriosa del vértigo.

Los hombres mas soberbios se doblan con la mayor facilidad para recojer la lisonja que se deja caer á sus piés.

Si los pretendientes en vez de llenar el papel de las solicitudes con los méritos que han contraido y los servicios que han prestado, lo llenaran con las altas cualidades del ministro á quien suplican, serian mas atendidos.

Y habria en esto una verdadera justicia ó una gran equidad.

A Newton se le hizo grande hombre porque descubrió la gravitacion universal.

Colon es un genio porque andando por el mundo tropezó con América.

Dante es inmortal porque paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia, vió con perfecta claridad su *Divina Comedia*.

¿Y qué hay de particular en todo esto?

Newton encontró lo que estaba en la naturaleza.

Colon lo que estaba sobre la tierra.

Dante lo que tenia dentro de sí mismo.

Pero ¡qué mérito tiene encontrar lo que hay?

La mas pequeña lisonja tiene por lo general mas mérito que cualquiera de estos tres grandes descubrimientos.

La maravilla está en descubrir lo que no existe.

Encontrar el talento en la necedad.

La virtud en los vicios.

La grandeza en la miseria.

La fuerza en la debilidad.

La sabiduría en la ignorancia.

¿Con qué podemos pagarle al hombre que nos descubre una bella cualidad que nosotros mismos ignorábamos.

La lisonja tiene la lengua de azúcar y la palabra de miel.

Es, por decirlo así, la golosina de la humanidad.

Golosina que empuerca la inteligencia y estraga el corazon.

La lógica de la lisonja es irresistible.

Hay en todo hombre una propension particular á creerse distinto de como es.

Por eso hay tantos poetas, tantos oradores, tantos ministros.

Esta propension es una especie de plano inclinado que hace mas resbaladizo el jabon de la lisonja.

No le hareis creer á un hombre corrompido en la virtud de las mujeres.

Os será imposible convencer á un avaro de que el oro es un metal despreciable.

Pero si ese hombre corrompido ó ese avaro tiene sesenta años, podeis convencerle de que es todavía jóven,

La lisonja es una bella mentira que siempre estamos dispuestos á creer.

Las mujeres hermosas prefieren un espejo á un amante, pero las mujeres feas prefieren siempre los amantes á los espejos.

Muchas mujeres se cansan de ser queridas, pero ¿tiene alguien noticia de que alguna mujer se haya cansado de ser hermosa?

El amor es un infeliz que carga casi siempre con las culpas de la lisonja.

Yo os doy á elegir entre esa coleccion de madres que circulan por las calles, que aparecen por los teatros, y sombrean si puede decirse así, la brillantez de los salones.

Para mujer, para amante, para amiga elegiríais cualquiera; pero estoy seguro que para madre elegireis la mejor.

Esta madre es preciso que tenga una hija.

Pensad bien que es una madre digna de serlo.

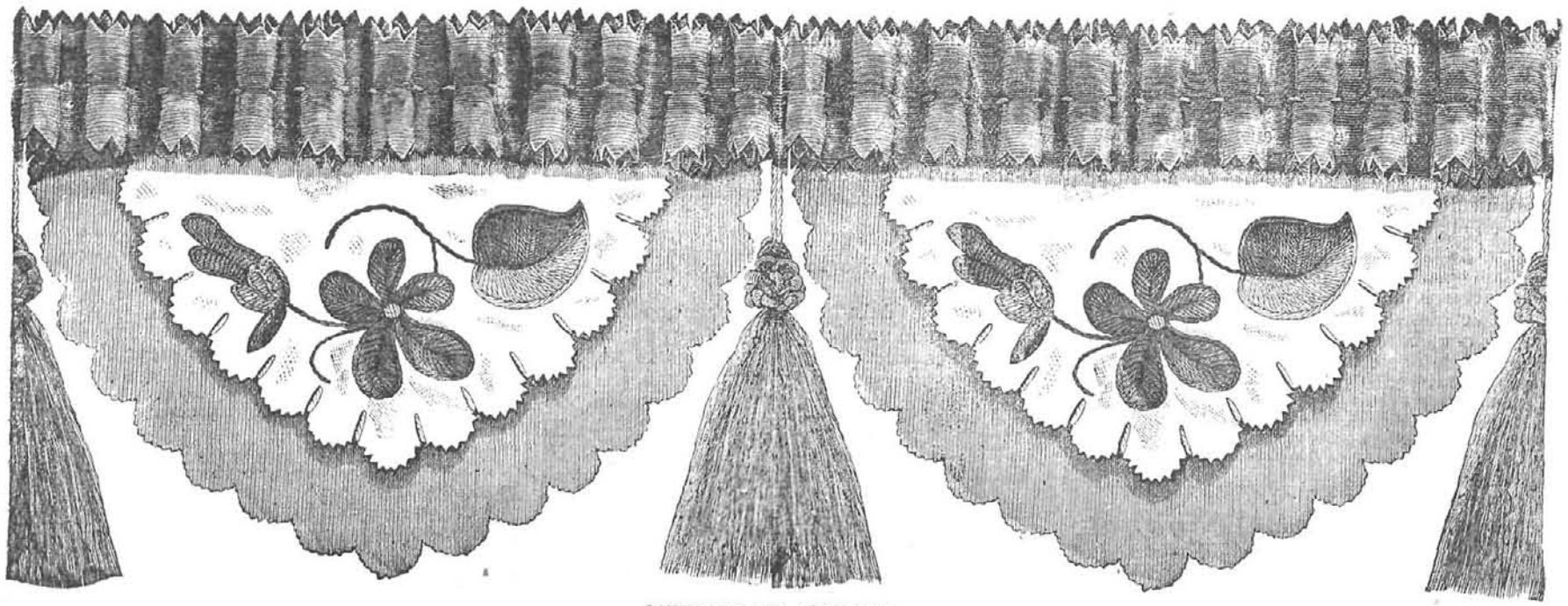
Una madre que quisiera hacer de su hija el tabernáculo de todas las virtudes.

La rodea con la tierna solicitud de su vigilante cuidado, como el árbol envuelve con sus hojas mas finas la delicada flor en cuyo seno ha de cuajar el fruto.

Se puede decir que la madre es el fanal de la hija.

Se la vé al través de la atmósfera suave que alrededor de ella ha formado el cariño de su madre, como se ve un rayo de sol sumergido en el agua.

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN PARA CANASTILLA.

Esta niña lleva consigo la mas feliz de las desgracias: es rica.

La fortuna, esa loca que pasa su vida llenando unos bolsillos y vaciando otros, le ha arrojado al pasar por junto á ella la lisonja del oro.

Es difícil que una mujer rica no parezca hermosa.

El oro es el cosmético que mas embellece.

El número de los hombres que dan vueltas alrededor de esta criatura, puede expresarse de este modo.—Uno que la ama, y ciento que la adulan.

Uno que solo ha reparado en lo tierno de su corazon, y ciento que no han visto en ella mas que lo pingüe de sus rentas.

Todos han tenido ocasion de decirle que es hermosa.

Sus adornos son los de mas gusto.

Sus vestidos los mas bellos.

Todos han podido echar su gota de dulce veneno en el fondo de aquel corazon inocente.

La envenenan en presencia de la madre.

Es más, su madre misma prefiere entre todos aquel que ha encontrado el pliegue mas airoso de su vestido, el color del adorno que dá mas limpieza á su semblante, el rizo que con más gracia cae sobre su frente.

El momento mas feliz de esa madre tan buena, es aquel en que mas vivo es el caústico de la lisonja que ha de levantar en el alma de su hija la inflamacion de la vanidad.

En cambio el amante no ha encontrado todavía un soplo de aire bastante discreto que lleve en silencio á los oidos de la hermosa niña una palabra de cariño.

El que se atreva á amarla tendrá que sufrir el enojo de la madre.

El amor es un peligro, un lazo tendido á su virtud.

La lisonja es una cosa permitida, delicada, hasta honesta.

Así se ven siempre las cosas en el mundo.

La lisonja, esa mentira descarnada que nadie cree mas que aquel á quien va dirigida, es la felicidad de la madre y la perdicion de la hija.

Así se forma esa multitud de mujeres que colocadas entre un amante y un espejo, miran mas al espejo que al amante.

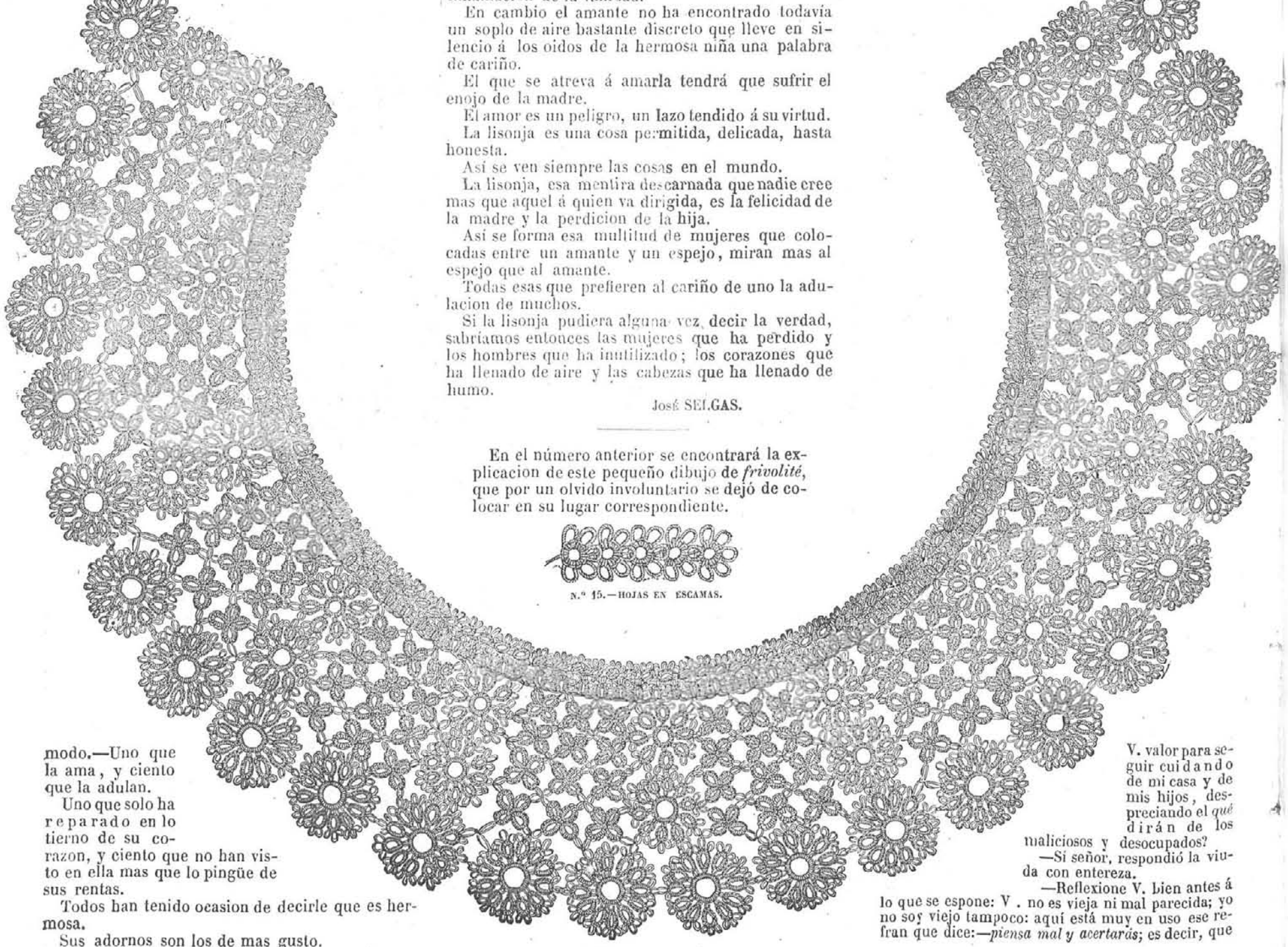
Todas esas que prefieren al cariño de uno la adulacion de muchos.

Si la lisonja pudiera alguna vez decir la verdad, sabríamos entonces las mujeres que ha perdido y los hombres que ha inutilizado; los corazones que ha llenado de aire y las cabezas que ha llenado de humo.

José SELGAS.

En el número anterior se encontrará la explicacion de este pequeño dibujo de *frivolité*, que por un olvido involuntario se dejó de colocar en su lugar correspondiente.

N.º 15.—HOJAS EN ESCAMAS.



CUELLO DE FRIVOLITÉ.

LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

CARTAS DE TRES AMIGAS

RECOPILADAS

POR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Véanse los números 25, 29, 34 y 39.)

—Respóndame V., Isabel, lisa y llanamente: ¿tendrá V. valor para seguir cuidando de mi casa y de mis hijos, despreciando el *qué dirán* de los maliciosos y desocupados?

—Sí señor, respondió la viuda con entereza.

—Reflexione V. bien antes á lo que se espone: V. no es vieja ni mal parecida; yo no soy viejo tampoco: aquí está muy en uso ese refran que dice:—*piensa mal y acertarás*; es decir, que

© Biblioteca Nacional de España

se juega V. nada menos que su honra viviendo aquí, pues que nadie querrá creer que vivamos como Dios manda.

—¿Y eso qué importa? exclamó Isabel: ¿no sabrá Dios que cumplimos con lo que él nos ordena obrando bien? ¿no tendremos un sueño muy tranquilo y sosegado? Pues ya basta!

—*Es que, insistió Marcial, aun voy á decir á V. otra* cosa.

—Digala V.

—Si V. tiene repugnancia á esponerse á las habladurías y piensa salir de mi casa, antes que eso me casaré con V. y así se taparán todas las bocas: no quiero que nos deje: mis hijos mayores la estiman: los pequeños la quieren y así como así la pobre Lucía no se ofenderá porque ella misma me lo aconsejaba: solo yo... yo... la verdad, viviria mas dichoso viendo su sitio vacio, segun ya le he dicho antes.

—Noseré yo quien le ocupe, repuso Isabel con la misma calma y modestia que no habia desmentido desde el principio de la conversacion: no me casaré con V., señor Marcial y le cuidaré su casa y sus hijos.

—Aunque hablen?

—Me haré la sorda.

—Que le llenarán á V. las orejas de aire!

—No importa!

—Bien está: ahora Pablo, Blas, escuchad bien lo que os voy á decir.

Los dos muchachos mayores se acercan á su padre.

—Isabel, prosiguió este, vá á ser vuestra madre: como á tal la habeis de respetar.

—Ya lo hacemos así, padre, respondió uno de los chicos.

—Y como, si alguno hablase mal de aquella madre que ya está en la gloria, le sacudiriais de firme.....

asoman á la ventana, vestidas con sus trages de fiesta?

La ventana, mi bella y simpática lectora, ya nos es conocida: ¿te acuerdas de aquella noche de invierno en que el pobre Pascual, no hallando donde vender su leña, fué casi maquinalmente á casa del alcaide, donde vivia Teresa, su ángel bueno?

¿Te acuerdas de que Teresa asomó á ella su rubia cabecita *para sacudir las mantillas de uno de sus hermanos* y entonces vió á Pascual? Pues ¡quién lo habia de decir! Hoy se han casado Teresa y Pascual para cumplir la última voluntad de la buena Lucía que mandó que se casarán, y así que la niña cumpliese diez y seis años, y no ha podido ser mas acatada porque hoy mismo los ha cumplido.

á llorar al pensar en Lucía, cuando ya hacia ocho años que se habia muerto.

—No hay mas que hablar!... se casarán, respondió el padre que lloraba tambien; pero falta lo principal.

—Y qué es?

—Saber si se quieren.

—¡Oh, en cuanto á eso!... mi madre sabia bien lo que *decia, y creo, padre, que, si casáramos á Teresa con otro,* se morian los dos.

En efecto, los niños se amaban desde la cuna y era difícil hallar pareja mas bonita que la que ellos formaban.

Aquella noche llamó Marcial á su futuro yerno y le lanzó á boca de jarro estas terribles palabras:

—Ya sé que quieres á mi hija.

El pobre muchacho, aterrado, se hizo hácia atrás volviéndose pálido y se puso despues como la grana.

—Eh! *No hay que aturdirse! continuó* Marcial: ella te quiere tambien; y por lo tanto os casareis dentro de un mes; es decir, el mismo dia que Teresa cumpla diez y seis años, porque así lo dejó dispuesto su madre antes de irse al cielo.

—¡Ah, Dios mio! señor, será cierto? exclamó el pobre Pascual todo trémulo y uniendo sus manos con fervor: podré yo casarme con Teresa, tan hermosa como una santa, tan buena y además hija de mis bienhechores? Yo tan pobre, criado aquí por caridad?

—Creo, repuso Marcial gravemente, que cuando empezaste á quererla ya pensarias en casarte con ella, no digo bien?

—Ca! No señor! respondió Pascual: no pensé en eso, bien lo sabe Dios! Cómo ha de pensar uno en casarse cuando nace? — Desde que nací, quiero yo á Teresa: cuando era pequeñita, no era yo mucho mayor, pero la cojia en brazos y se reia conmigo y, si estaba llorando, se callaba!

—Sí, sí; ya sé todo eso, dijo Marcial: y mi

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tela de capricho gris.—Dos rizados estrechos de *tafetan azul turquí* orlan la enagua, y luego suben formando puntas; el corpiño, escotado, va cubierto por un fichú María-Antonieta con cabos largos cruzados por detrás; este fichú está guarnecido, somo el trage, con dos rizados estrechos de tafetan azul turquí. Mangas semi-anchas. Este vestido conviene para una señorita. Se puede ejecutar en lana y tafetan del mismo color.

Traje de tafetan verde.—*Un entredos foliage va puesto en* el borde de la enagua; una orla bordada de seda negra separa este entredos del siguiente, el cual forma losanges sobre el vuelo del traje, y luego sube por la enagua figurando delantal y por el corpiño formando peto; adornan el delantero de la enagua y del corpiño entredoses colocados horizontalmente, cuya guarnicion se repite sobre las mangas. — Sombrero de tul blanco con margaritas, lilas y plumas negras.

¿no es verdad?

—Al que la tomase en boca, le romperiamos la cabeza! No faltaba mas que consentirlo!

—Decís bien: y lo mismo debeis hacer si ois algun dia hablar de Isabel; de este modo y viendo como la defendeis, todos crerán que es buena porque, *si no lo fuera,* vosotros seríais los primeros á culparla.

—Tiene V. mil razones, padre; y no hay miedo de que nadie hable mal de Isabel sabiéndolo nosotros.

—Pues ahora, hijos, cada uno á su quehacer; y á ser buenos para que vuestra madre sea dichosa allá arriba y para no darme á mi que penar, que bastante tengo con haberla perdido.

El colosal alcalde volvió á abrazar á su familia y todos salieron para entregarse á sus respectivos quehaceres admirando á su buen padre.

V.

¡Qué algazara se advierte en casa de Marcial algunos años despues de los sucesos precedentes! ¿Qué es lo que ocurre que hay música de guitarras y panderas, y baile y gritos de alegría? Quienes son esas muchachas que se

Pablo enteró á Marcial de este deseo de su madre y el plácido rostro del alcalde pintó, al oir á su hijo, la sorpresa y el dolor.

—Cómo! dijo: he de casar á la mas bonita de tus hermanas con ese chico que nada tiene?

—*Padre, así lo dispuso mi madre*—que Dios haya—respondió Pablo, quitándose el pañuelo de su cabeza, como siempre que nombraba á Lucía.

—Y á todo esto, cuando la pretenden los mas ricos de todos los pueblos vecinos!

—Pero mi madre lo dispuso así.

—Bien, hijo, bien, no seré yo quien la desobedezca! pero no te parece que es un dolor que se case con Pascual, nuestro criado? no merecia ella mas?

—Para mi hermana se me hace poco un rey! respondió Pablo: pero ¿qué remedio? mi pobre madre, ya en *sus últimas, me abrazó y me dijo—hijo mio,* ya no puedo hablar á tu padre: pero dile que deseo que deje casar á Teresa, así que tenga diez y seis años con Pascual y cuida tú de que así se haga:—ya vé V., padre, prosiguió el jóven que debemos darle gusto.

Y Pablo, que era casi tan alto y tan grueso como su padre, que estaba ya casado y era padre de dos niños, echó

Lucía lo debia saber tambien cuando dejó dispuesto que os casara.

—Dios la bendiga! exclamó el futuro esposo de Teresa elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas: aun despues de muerta hace buenas obras y mira por mí, porque ya *se acordará V., señor Marcial, de que el haber yo venido* á esta casa fué porque así se lo pidió á V. aquella santa mujer!

—Si, hijo, sí, lo sé! por eso te caso con mi Teresa y sigo haciendo su voluntad! pero oye, Pascual: yo no puedo dar á mi hija lo que le hubiera dado hace seis años... ya sabes que me pusieron un pleito y que lo perdí... mejor dicho, lo quise perder porque mi abogado me dijo que no tenia yo razon y que las tierras del otro lado del rio, que yo creia mias, eran de una pobre familia que las necesitaba mas que yo... luego el criar tantos hijos, el casar á los cinco mayores, apesar del buen gobierno y de los esfuerzos de tu madre, ha hecho venir esta casa muy á menos: estoy casi pobre... y no me dá vergüenza de decírtelo.

—Padre mio, repuso Pascual, dando al alcalde por la primera vez este dictado cariñoso: lejos de querer yo nada, con Teresa, creo que, con dármela, me hace V. dueño

© Biblioteca Nacional de España

de todos los tesoros del mundo... ya no se apure V. por nada: yo sé trabajar y nada ha de faltar á V. mientras yo viva: saque V. á los cuatro pequeños adelante con lo que le queda y V. corre de mi cuenta, lo mismo que mi buena madre... ¡ojalá que viviese aun mi otra madre y yo me tendria por el hombre mas dichoso del mundo valiendo para todos!

Marcial, que durante las palabras de su futuro yerno, habia soltado el trapo á llorar, se ahogaba con su emocion de tal modo al llegar aquí, que no supo ni pudo hacer otra cosa que arrojarse en sus brazos sollozando.

—Vamos, vamos, padre; no hay que llorar ó pensaré que se aflige V. de darme á Teresa, dijo Pascual: tanto me alegro de ser su hijo de V. como de ser su marido... voy á buscar á mi madre y delante de ella arreglaremos lo poco que hay que arreglar.

Y el jóven, para evitar una nueva explosion del alcalde, salió trayendo á Isabel asida de la mano.

—Madre, le dijo, el señor Marcial me hace hoy el hombre mas feliz del mundo: debemos los dos besar por donde pisa... me hace su hijo, pues me dá á Teresa para que sea mi mujer.

La viuda se arrodilló á los piés de Marcial llorando y pugnó por asir su mano para besarla.

—Ea! basta, que no puedo mas! exclamó Marcial sofocado: ¿á qué esos extremos? Si yo le doy á Teresa, él la hará dichosa y aun quedo yo debiéndole. Isabel, que vengan esta tarde los chicos que quiero que se haga el mismo dia que cumpla mi hija los diez y seis años.

En efecto, despues de la comida, toda la familia se reunió en el cuarto del alcalde que era el mismo que habia ocupado con su esposa.

Tenia ya casados tres hijos y dos hijas, y asi estos como los respectivos esposos y esposas abrazaron á Pascual llamándole hermano.

Teresa, sentada al lado del alcalde, parecia la mas jóven de las gracias: un delicado color de rosa vestia sus megillas de alabastro: sus ojos azules oscuros reian llenos de gozo: sus cabellos castaños sombreaban su blanca frente en graciosas ondas.

—Hija mia, dijo Marcial, tu buena madre dejó dispuesto que te casaras con Pascual: eres gustosa en ello?

—Si, señor padre, respondió la muchacha poniéndose mas colorada.

—Es que si no le quisieras, no creas que tu madre se enojaria allá arriba porque te casaras con otro: habla con franqueza... le quieres?

—Si, señor, con el alma!

—Toma, toma, exclamó uno de los yernos, que era un muchacho muy rico y bueno como él solo: pues si están mas derretidos! V. no lo ha conocido, padre? Pues no es V. poco bendito!

—Siempre has de ser hablador, Francisco, exclamó Teresa toda abochornada y mirando á su cuñado con enojo.

—Si! *mal me quieren mis comadres porque digo las verdades!*

—Cállalas ahora que vá á hablar padre! le dijo su mujer, que era la hija mayor de Marcial y la misma que estaba en sus trece de casarse con el *mal trabaja* á quien espantó Isabel con sus tretas.

—Teresa, dijo el alcalde: casi nada te podré dar, hija mia: tus hermanas han salido mejor; pero despues de colocarlas á ellas, perdí el pleito... ya lo sabes... estoy ahora solo con un pasar mediano y aun me quedan los cuatro pequeños... pero no importa: no saldrás sin nada del lado de tu padre y despues, si es menester, sabré volver á ganar mi jornal para los otros, que aun estoy fuerte.

—Alto ahí! exclamó Isabel: mi hijo no tomará ni un real, ni un polvo de tierra por el dote de su mujer y nos veriamos él y yo si lo contrario hiciese!

—Madre, sosiéguese V., dijo Pascual: nada quiero mas que á Teresa; que demasiado han hecho en esta casa por V. y por mi.

—No que nó! exclamó la viuda: mi casa, que ha estado cerrada, desde que la madre de estos chicos me trajo á la suya, está bien provista, gracias á la caridad de la que está en el cielo: tiene ropa, vidriado, leña, buena cama, sillas y una mesa: además está limpia y cuidada como un ascua de oro: en un arca, donde yo me sentaba á llorar, cuando mi pobre chico iba al monte á recojer astillas, hay guardaditas tres docenas de duros de mis ahorros y mis hilados en las noches del invierno: cada vez que guardaba uno, decia pensando en mi protectora y en la de Pascual:—bendita sea, y Dios le dé tanta gloria como me merece!—Pues bien: esa casita cuidada y llena de lodo la puso la señora Lucía y ha de ser para su hija: ya están los chicos arreglados y no hay que apurarse por nada. No faltaba otra coa sino que despues de sacar V. de la miseria á mi y á mi hijo se fuera ahora á quedar pobre por dar dote á Teresa! Para qué les hace falta? Pascual trabaja por seis y será para su mujer un marido como pocos y para V. un hijo tan bueno como los otros! Bastante ha recibido! Ahora le toca dar!

(Se continuará.)

EDADES DEL AMOR.

En la edad infantil, Estrella mia,
Es el amor un vago sentimiento
Que funda su versátil monarquía
En las instables ráfagas del viento.
Un insecto, una flor, un dije apuran
De sus amores la afeccion dichosa,
Y estos amores duran... lo que duran
El juguete, la flor, la mariposa.

En la creyente juventud, las horas
Se deslizan fugaces: todo en ellas
Es vehemencia, y pasion, y encantadoras
Visiones que la fe nos pinta bellas.
Un paso mas... y el aura fementida
Del desencanto los amantes lazos
Desata, y al final de la partida
Resulta... el corazon hecho pedazos.

Ya en la estéril vejez, desconfiada,
Se buscan, tras de afanes tan prolijos,
La casta esposa que vivió olvidada,
Y las caricias de los tiernos hijos.
¡Amor, amor verdad! Su fuerte mano
Le dá sosten, ahuyenta sus enojos,
Y en el postrer momento... del anciano
Con lágrimas de amor cierra los ojos.

Es el amor en la infantil carrera
Ilusion, viento, nada.
Es el amor en nuestra edad florida,
La muerte de la vida.
Es el amor en la vejez inerte,
¡La vida de la muerte!

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—Se os concederá lo que pedis, repuso la jóven sonriendo, si Hermann quiere aceptarme en vuestro lugar para su proyectada excursion sobre la nieve.

—¿De veras, Lavinia? preguntó el coronel extasiado.

—Bajo la condicion de que tomaremos el trineo viejo y no el nuevo, para que vengan las niñas con nosotros. No les hará daño y se pondrán muy contentas.

—Mi querida Lavinia, se hará lo que querais.

—Henos aquí en la buena luna, dijo Teresa al sargento comunicándole la órden de hacer disponer el trineo, y como la luna comienza... Bueno, bueno, lo que ven los ojos, la lengua...

—Supongo que no teneis frio, Lavinia, decia el coronel á su jóven esposa cuando hubieron salido, recogiendo el pañuelo sobre sus hermosos hombros; pero el pañuelo no se queria tener, y fué preciso arreglarle nuevamente.

—Estoy muy bien. Mirad, Hermann, ¡qué efecto tan espléndido el de esas rocas que se destacan obre la blanca nieve! Desearia que hubiese llegado el verano; esto debe ser un paraiso.

—No sé si gusta menos en invierno; jamás me ha parecido tan hermoso como hoy. Pero es verdad que nadie puede decir si el sentimiento que á uno le penetra delante de la naturaleza proviene de su corazon ó de lo que está contemplando. Tal aspecto que nunca hirió vuestra mirada, ahora os encanta de repente, porque se reviste de una hermosura que le comunica vuestra emocion; por esto es tan raro que dos personas perciban la belleza del mismo modo, pues sus corazones rara vez se encuentran bajo el dominio de emociones idénticas. Sin embargo, debeis confesar que tarda uno en cansarse de un espectáculo tan bello.

—Por mi parte, lejos de cansarme, me propongo contemplarle lo mas á menudo que pueda. Pero ¿no nos alejamos mucho de casa?

—No hace una hora que hemos salido.

—Si, pero necesitamos otra hora para volver, y es bastante rato al placer, sobre todo una víspera de Navidad, cuando un ama de casa tiene tantos quehaceres.

—Teneis razon; esta noche principia Navidad; muchas he festejado en Rosenborg; ¿cómo la celebraré el año que viene?

Y suspiró, mientras Lavinia volvia la cabeza un tanto cortada.

—Disimuladme, dijo Hermann; pero ya sabeis que siempre sucede asi; en el momento en que se acaba un año, cuenta uno los bienes y los males que le ha traido, y piensa en los que le traerá el año venidero.

—Es verdad, el pasado y el porvenir tienen casi siempre mas parte en nuestros pensamientos que el presente.

—Os engañais, Lavinia; hay instantes en que uno desearia que toda su vida se resumiera en el momento actual.

—Sin embargo, el presente no es nada, pues el minuto que acaba de trascurrir es ya lo pasado, y el que llega es lo porvenir.

—¡Si todos pudieran parecerse á estos? pensaba el coronel.

Aquella noche mil cerillas brillaban en las ramas del árbol de Navidad dispuesto en el salon, y las niñas, locas de júbilo, corrian de su padre á su madre, y de esta al conde Adriano, para señalarles los bonitos juguetes que codiciaban, y que sus manos impacientes trataban de arrancar de las ramas frescas del abeto.

—¡Alabado sea Dios! al menos una vez habré visto á mis niñas risueñas y contentas como lo están todas las de su edad, gracias á vos, Lavinia.

La jóven se sonrió y dejó tomar la mano que apoyaba en el árbol de Navidad, á fin de cojer un racimito de uvas para Carlota.

El coronel la estrechó en una de las suyas, luego en las dos, y parecia no poder decidirse á soltarla.

—¡Qué hermosas están mis niñas! Decidme, ¿qué hada habeis evocado para trasformarlas asi?

—¡Oh! las mujeres tenemos una varita de virtudes con la cual hacemos siempre todo lo que se nos antoja. Los hombres no conoceis los secretos de la hermosura y nosotras sí. Estas pobres niñas nunca están vestidas con gusto; ahora os parecen bonitas, y me prometo que en adelante siempre las vereis del mismo modo; haremos de ellas unas jóvenes encantadoras.

Asi habia pasado la Nochebuena apacible, alegre y animada; pero ya el dia siguiente las nubes se amontonaron sobre la casa del coronel, y la desgracia que nunca le habia parecido tan lejos de él, amenazó repentinamente.

En la tarde Carlota se quejó de dolor de cabeza, y muy luego una fuerte calentura hizo que la llevaran á la cama. Desde aquel instante todos los pensamientos del coronel fueron para su hija. El mal, lejos de ceder durante la noche que Hermann y Lavinia pasaron juntos á su cabecera, se agravó de tal modo que el médico, que vino á la otra mañana, declaró que era una fiebre escarlatina de las mas terribles.

Lavinia consagró desde entonces todo su tiempo y toda su atencion á la enfermita y á su hermana; pero su celo fué inútil: á Evelina se le pegó la enfermedad, y tuvieron que reunir á las dos niñas en el mismo cuarto para prodigarlas los cuidados convenientes.

El coronel no salia del aposento de sus niñas; sombrío y triste, con los brazos cruzados sobre el pecho, iba de una á otra, encontrando siempre en las dos nuevos motivos de desconsuelo. Lavinia comprendia muy bien aquel dolor silencioso, y sabia que en aquel instante todos sus pensamientos eran para sus hijas, y que cuanto no eran ellas le incomodaba ó le era indiferente. La jóven era demasiado generosa para criticar aquel egoismo paterno, y por esto no se ofendió ni con las órdenes imperiosas que la daba constantemente, ni con sus señales de impaciencia cuando no la hallaba dispuesta á ejecutar al punto las prescripciones del médico. Sin embargo, habria preferido que notara él todo lo que ella hacia, que viese que estaba á su lado de dia y de noche, para que en este caso su gratitud pudiese distraerle de sus incesantes preocupaciones.

Pero él tampoco salia del cuarto, y cuando Lavinia le suplicaba que tomara un poco de descanso, respondia siempre con impaciencia que no queria abandonar á sus hijas. Con ellas se mostraba incansable para todo; Lavinia ignoraba que se hallaba profundamente triste por haber estado separado de sus hijas los últimos meses que habria podido pasar á su lado, por lo cual sentia un secreto y vago encono contra Lavinia, á quien acusaba de haberle obligado á dejar su casa, olvidando que el motivo de su viaje no fué el enojo sino el acceso de celos á que se habia entregado. Hé ahí porque no observaba lo que llamaba la atencion de todo el mundo, esto es, que las megillas de la jóven palidecian mas cada vez, y que el exceso del cansancio la abatia sobremanera.

Por fin Teresa que lo notaba todo, acabó por comprender que la jóven llegaba á lo último de sus fuerzas; la aconsejó que descansara vanamente, y entonces se decidió á decir un dia de modo que la oyera el coronel:

—Parece que la señora quiere matarse; sin embargo, fácilmente se advierte que ya no puede tenerse en pié.

Hermann, que estaba á la ventana, se volvió con presteza y miró á su mujer que tenia en sus brazos á Carlota; por primera vez notó cuán pálida y abatida estaba. Atravesó el cuarto, y apoyándose en la silla que ocupaba Lavinia, la dijo á media voz:

—A fuerza de pensar en mis hijas os he olvidado; perdonadme mi egoismo; dadme la niña, es preciso que vayais á descansar.

La jóven se levantó, pues en el acento de Hermann habia conocido que queria ser obedecido: aquella voz estaba conmovida pero no era tierna: si habia hecho justicia á sus esfuerzos, no habia llegado aun el momento del enternecimiento y de la gratitud.

—Y en efecto, se dijo Lavinia desalentada, ¿qué soy yo para él? menos que una extraña; si sus hijas se mueren, ni siquiera tendrá necesidad de mí.

Se retiró al gabinete contiguo á su cuarto y se extendió en un sofá para tratar de dormir, pero su agitacion ahuyentaba el sueño, y al cabo se levantó y se fué al salon para ver si encontraba al conde Adriano, que ya habia aprendido á conocer, y con el cual habria querido entablar conversacion en aquel instante.

Desde que las niñas habian caido enfermas le veia muy poco; pero nunca le habia dirijido la palabra sin que ella se sintiese tranquilizada y animada: habia en todas sus maneras una gravedad cordial que interesaba á la jóven, y una especie de serenidad inagotable que la calmaba siempre. En los raros momentos en que pudiendo salir del cuarto de las niñas, habia deseado tomar un poco el aire, él la habia acompañado á pié ó en coche, y en las conversaciones que entonces habian tenido, Lavinia habia podido apreciar la delicadeza de su inteligencia y el ardor de sus sentimientos.

Al entrar en el salon encontró al conde que escribia sentado á una mesa.

Su trabajo le absorbia sin duda, pues no la oyó sino cuando estuvo muy cerca, y entonces levantándose prontamente, metió en un cartapacio su manuscrito.

—Sorprendo al señor conde en una ocupacion muy agradable, dijo la jóven sonriendo, y la discrecion habria exijido quizá que yo me retirase; pero confieso que necesito alguna distraccion, y que he venido á suplicaros que me la proporcioneis, pues estoy cansada de cuerpo y de espíritu y no habiendo podido dormir, lo que habria

© Biblioteca Nacional de España

sido el remedio mejor, me dirijo á vos como á un médico inteligente, y os pido una consulta moral.

—Ante todo sentaos en este sillon, contestó el conde arrastrando una butaca delante de la chimenea, y permitidme que os ofrezca en consulta la lectura de vuestro autor favorito, Stagnelius, que tengo aqui á la mano.

—¡Oh! Soy una enferma un poco caprichosa que quiere elegir sus remedios. Me gusta mucho Stagnelius, pero jamás me he encontrado menos dispuesta á oirle que ahora; para eso se necesita una libertad de espíritu que yo no tengo.

—Si sabeis un remedio eficaz, proponédmele.

—No sé ninguno: pero si me fuese permitido formar un deseo, no vacilaria en manifestaros el de conocer algo del manuscrito en que trabajábais al entrar yo.

—Dudo, repuso el conde sonrojándose, que nada de lo que contiene pueda ni siquiera distraeros.

—¡Quién sabe! Quizá posee alguna virtud que vos no conoceis. ¿Es una traduccion?

—Peor que eso, respondió el conde con una sonrisa: quizá ignorais que tengo mis pretensiones de poeta.

—No lo ignoro; ¿pero seria imposible leer vuestros versos?

—Al contrario, es mucho honor para su autor; sin embargo, podeis salir chasqueada si lo tomais como remedio.

—Veamos pues.

—Siempre los autores ponen un prólogo á sus obras, permitidme pues que os improvise el mio, dijo el conde Adriano yendo á buscar sus papeles.

Pero ante de que los hubiese tomado, la puerta se abrió y apareció el coronel.

—¿Descansais mejor aquí que en vuestro cuarto? preguntó á Lavinia con un descontento evidente.

Sin cambiar de actitud, la jóven respondió con voz serena:

—Tengo el cuerpo menos cansado que el espíritu, y el conde tenia la bondad de ofrecerme una lectura.

—Si es asi, no quiero incomodaros, me retiro.

Y salió.

Lavinia se levantó á medias no sabiendo qué hacer, si debia permanecer allí ó seguir á su esposo; echó una mirada al conde, quien con un suspiro sofocado recojia ya su manuscrito.

—¡Pobre Hermann! exclamó con un tono conciliador; cuán desgraciado se hace... si se me permitiera dar un consejo...

—¿Qué diriais? preguntó la jóven con presteza.

—¡Dios mio! Os pediria que fuéseis á tranquilizarle. El coronel os agradeceria muchísimo esa atencion...

—Gracias, señor conde, contestó Lavinia alargándole una mano; vuestro consejo es bueno y será seguido.

Dejó el salon y fué á ver al coronel que estaba ya en el cuarto de las niñas, apoyando en una de las manos su rostro de una palidez inusitada.

—Aquí estoy, Hermann, ya he descansado; ¿qué puedo hacer por vos?

Y dijo estas palabras con una animacion tan afectuosa, que el coronel desarmado tomó su mano.

—Perdonadme, Lavinia, perdonadme que sea como soy. No puedo remediarlo; padezco, y eso me hace injusto.

—No sois injusto, pero teneis un carácter muy irascible.

—Las dos cosas, querida Lavinia: ¡si supiérais en qué pensaba cuando habeis entrado! Me estaba diciendo: Si ella fuera su madre, no las habria abandonado de ese modo para ir á charlar con un extraño y para... Ya veis que era injusto, Lavinia.

—Sí, un poco, respondió la jóven sonriendo, y por dos motivos, el primero porque dudábais de mi afecto, y el segundo porque llamais un extraño á vuestro mejor amigo el conde Adriano, que tan bien se conduce con nosotros dos; pero me buscábais, ¿necesitais algo de mí?

—¡Oh! No; queria saber únicamente si dormiais, lo que habria celebrado en verdad, y como no os hallé en vuestro cuarto fuí al salon, donde os suplico que volvais, pues en otro caso creeré que estais ofendida.

—Pues yo os pido como prenda de reconciliacion, que me permitais estar aquí.

Vencido por el tono amable de la jóven contestó:

—Quedaos, con la condicion de que no la velareis esta noche; en esto quiero ser obedecido.

Y mientras la nieve caia fuera, mientras el viento gemia en las ramas despojadas de sus hojas, el coronel velaba y oraba con el corazon desgarrado de dolor, hasta que de las purísimas regiones del firmamento bajó un mensajero celeste que se llevó las inocentes almas de las dos hermanitas.

XVI.

Dos meses han trascurrido desde los últimos dias de la enfermedad de las niñas; dos meses hacia que las hijas del coronel descansaban al lado de su madre, y sin embargo, el corazon del padre habia permanecido vacio y triste. Habia recobrado sus costumbres, iba y venia como antes, pero su alma estaba turbada por un dolor que no queria calmarse. Este nuevo luto no se asemejaba en nada al de su mujer; como nunca habia amado á Carlota, no habia sentido al perderla mas que el remordimiento de no haberla hecho feliz. Se habia casado con ella para obedecer á un deseo de su padre: esta union habia sido convenida entre las familias muchos años antes de que se efectuara, y no teniendo cariño á ninguna mujer, la habia aceptado con una especie de indiferencia; pero si nunca supo lo que era amor al lado de su difunta esposa, en cambio el primer beso que dió á sus hijas al nacer le reveló la ternura paterna, y si la madre hubiese vivido, no hay duda que sus relaciones con ella habrian cambiado por amor á sus hijas.

Durante su vida las habia querido con un amor casi materno: ellas le habian inspirado sus mejores sentimientos, habian despertado en él el deseo de una vida dichosa, y su muerte le habia arrebatado á un tiempo toda su felicidad, con sus mejores esperanzas y sus mas puras aspiraciones. Engañado en su anhelo de ventura conyugal habia podido imaginarse hasta entonces una existencia tranquila al lado de sus hijas: veíase en la ancianidad, teniendo siempre inclinadas sobre él aquellas dos cabezas juveniles, y alegrándose con su propia alegria. Ahora estaba solo, no sostendria á nadie en la vida, y nadie le abriria á él las puertas del sepulcro.

A veces, cuando todos estos pensamientos se apoderaban de su espíritu, Lavinia le aparecia vagamente como una bienhechora, iniciándole en una existencia rejuvenecida é intensa: pero él escuchaba este sueño como una ilusion engañosa. Lo que habia sido propuesto y decidido tenia que cumplirse; la palabra dada era sagrada, aun cuando debiera despedazarse el corazon con su cumplimiento. En medio de la turbacion de su alma, se decia que en aquellos cortos instantes en que se habia creido dichoso antes de la muerte de sus hijas, habia sido el juguete de un sueño, y se indignaba de que ese sueño ocupara un puesto tan grande en su memoria.

Lavinia, aquella mujer de mármol y de hielo, ¿habia deseado jamás otra cosa que la separacion? No, no; dudarlo era aceptar una ilusion, acojer una mentira.

Por esto hacia dos meses que Lavinia no habia visto fijarse en ella aquella mirada que á veces la habia turbado tan profundamente, y que sin embargo preferia á la urbanidad glacial que la habia reemplazado hacia algun tiempo. Hermann no la dejaba traslucir nada de su honda pena; una vez pasados los primeros dias, ya no habló mas de sus hijas; dolor que habia penetrado en su corazon, no se exhalaba en palabras.

Salia á cazar mas á menudo que antes y pasaba el resto de su tiempo encerrado en su cuarto. A Lavinia le llegaban al alma todas estas muestras de frialdad; pero ella no se paraba tampoco en examinar atentamente sus propias maneras, y asi habia vuelto á la indiferencia de los primeros tiempos, á sus modales frios, reservados, casi altaneros. Por fin, los últimos lazos que los reunian se habrian roto, si el conde Adriano, observador atento y buen amigo, no hubiese tratado constantemente de establecer la armonía entre aquellos corazones que cada dia se apartaban mas y mas uno de otro, pues comprendia que á despecho de todas las apariencias y á pesar de todas las frialdades de la superficie, habia en el fondo de ellos alguna cosa que se atraia recíprocamente y que debia acabar por unirse.

Pero el conde debia partir; habia prometido ir á pasar algun tiempo á casa de unos parientes, y despues tenia ocupacion hasta el fin del estío.

—Si eres mi amigo, te suplico que no te vayas, que permanezcas aquí algun tiempo mas, le dijo el coronel, á quien acababa de comunicar sus proyectos.

—Imposible, he prometido estar en Kleves dentro de dos dias.

—Es un pretexto; tú mismo sabes lo que valen esos compromisos, pero te comprendo, te aburres aquí y deseas marcharte.

—Hermann, ¿y si fuese lo contrario, qué dirias? preguntó el conde despues de haber vacilado un instante.

—¡Lo contrario! repitió el coronel poniéndose muy pálido; no te entiendo.

—Digo, si lo fuera, nada mas, ¿tratarias pues de detenerme?

—Habrias empleado tan bien el tiempo que?...

La voz del coronel temblaba tanto, que tuvo que interrumpirse.

—Hermann, detente y piensa en lo que vas á decir, exclamó el conde, que casi palideció tanto como su amigo. ¿Soy ó no soy un hombre de honor? ¿Tienes bastante calma para recordar que no soy hombre que soporte ciertas desconfianzas, y que el dia que tú las manifieste nuestra amistad quedará concluida?

—Pero ella, ella, ¿lo ha adivinado? ¡Oh! Si ella lo sabe, si aquí, en mi casa, y cuando lleva mi nombre todavía ha podido olvidar...

—¿Estás loco? ¿Adivinar? ¿Qué? preguntó el conde cambiando súbitamente de tono... No la dejes jamás suponer que semejante idea ha podido cruzar por tu mente, pues entonces desde ahora te afirmo que nunca conquistarás un corazon como el suyo.

—¿Y qué me importa á mí su corazon? respondió el coronel friamente; no pretendo conquistarle, pero lo que sí exijo, es que ella respete el nombre que aun debe llevar durante medio año.

—¡Medio año! ¿Qué significa?...

—Oh! No sé lo que me digo. Pero, amigo mio, veo en todo esto que estás de broma... y yo quiero confesarte que no estoy celoso.

—Seria una locura que lo estuvieses, dijo el conde con mucha cordialidad; lo que me he propuesto no es una broma; he querido probarte que es muy fácil hacerte salir de tu aparente indiferencia. Al menor temor un tanto motivado, tu pasion que desde hace tiempo crece mucho mas de lo que te puedes figurar, estallaria con un furor funesto. ¿A qué fingir conmigo? Tienes que convenir en que amas á Lavinia con toda la fuerza de un primer amor.

El coronel se detuvo un instante como para interrogarse á sí mismo, y luego arrojándose sobre el sofá, se pasó la mano por la frente, y dijo en fin con una emocion visible:

—Amigo mio, eres un poeta, y á fuerza de forjarte ilusiones delante de mí, has acabado por hacerme creer en tus quimeras, y has venido á ser mi genio maléfico.

—Di, tu angel bueno, repuso el conde, pues sin mi intervencion, sin la luz que he hecho penetrar en tu alma, era capaz de rechazar por un orgullo mal entendido la felicidad de toda tu vida, destruyendo al mismo tiempo la de tu esposa, esa noble y encantadora criatura.

—¿Necesito repetirte sin cesar que el nombre de esa noble y encantadora criatura, como tú te empeñas en llamarla, no tiene que ver nada con el mio, y que mi felicidad y la suya son cosas diametralmente opuestas? Esto te lo puedo probar contándole las circunstancias de nuestra union... si tú me juras antes que todo lo que me has dicho es una pura mentira.

—Yo no tengo necesidad de jurar, á menos que mi palabra no te baste, repuso Adriano ofendido. ¿He dudado yo nunca de nada cuánto me has dicho?

—Pues bien, yo tampoco dudo, aunque acabas de sostenerme una mentira con tanta frialdad que ya no deberia jamás creer en la sinceridad de lo que me afirmas; pero doy gracias al Señor porque todo ello sea una mentira, pues si la hubieras amado, si faltando al honor, á la amistad, á la confianza, la hubieras amado mientras... mientras... En suma, habriamos tenido que batirnos, porque tales cosas no se arreglan con palabras.

—¡Y todo eso, pobre loco, por una mujer á quien no amas! exclamó el conde echándose á reir.

—Si la amo, tú tienes la culpa, tú con tus locas quimeras. Es cierto que ya algunas veces habia sentido en mí una turbacion extraña, me habia agitado una fiebre singular, pero todo eso me habria calmado sin duda para siempre, si tú no hubieras venido á remover las cenizas llamando así de nuevo á la enfermedad: bien habrás conocido que desde la muerte de las niñas se ha vuelto otra vez de mármol, y que lo único que hace es contar los dias que aun debe pasar en esta casa.

—Podré hacerme cargo de todo eso cuando me hayas contado las circunstancias á que aludias hace un instante.

Hermann se lo contó todo; su triste boda, y aquella primera noche pasada con Lavinia, en la cual habian resuelto divociarse: dijo cómo la habia traido á Rosenborg, y cómo su frialdad le habia hecho huir de la casa; pero confesó tambien su alegria cuando á su vuelta la habia hallado tan animada y tan amable.

—¡Qué historia tan singular! exclamó el conde que habia escuchado con sensaciones diversas la narracion de su amigo. En todo caso este año os habrá dado tiempo para conoceros y reflexionar. Habeis llegado aquí como extraños, indiferentes el uno al otro, y por lo tanto en estado para juzgaros con toda frialdad: habeis vivido siempre separados de cuerpo y de espíritu, y el resultado de todo esto es, que al cabo de seis meses de matrimonio os encontrais mas necesarios, mas indispensables recíprocamente, que la mayor parte de los esposos á la vuelta de seis años de union.

—Persistes en hallar un placer milagroso en presentar como un hecho lo que solo existe en tu imaginacion; sin embargo, aun admitiendo esa novela como una realidad, debes convenir en que seriamos doblemente desgraciados, puesto que ya es tarde para el remedio.

—Amigo mio, nunca es tarde para alcanzar la felicidad, y me hallo íntimamente convencido de que el amor que se declara despues del casamiento es mucho mas sólido y duradero que los amores que conducen al matrimonio.

—Convenido, si desde el principio... pero todo esto es hablar por hablar; yo jamás he faltado á mi palabra, y Lavinia es mi mujer que cumple con la suya. Además, yo siempre la he inspirado repulsion, y ni ahora ni nunca puedo prometerme una impresion mas favorable.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario.

—¿Y en qué fundas esa certeza? Habia francamente; ¿de dónde provienen tus suposiciones? Háblame de aquellas señales que tú creiste descubrir; yo sé que todo ello no era nada en el fondo, como el tiempo lo ha probado despues.

—Para mí el tiempo ha probado lo contrario.

—Veamos cómo.

—Primeramente, no hay arcángel, y por consiguiente no hay mujer que hubiese soportado todas tus exigencias y aceptado todos tus furores durante la enfermedad de las niñas, si no hubiese estado sostenida por un sentimiento mas vivo que el de los deberes de una madrastra.

—Adriano, me sorprendes; en el exceso de mi dolor ¿habria yo exijido que ella se sacrificara á mis niñas?

—No por tus palabras, pero sí por tus acciones. En aquellos instantes, tu amor hácia ella estaba no apagado, pero tan dominado por tus sentimientos paternos, que Lavinia debió creer que se habia desvanecido. Muchas veces entonces cuando yo la creia sola, la encontré anegada en lágrimas. Su corazon tierno y afectuoso se desgarraba con el pensamiento de que tú solo la considerabas como la enfermera de tus hijas.

—¡Dis mio! Nunca habria sospechado ser tan injusto, me habria creido cegado hasta tal punto por el dolor. No me perdonará mi falta.

—Ya te la habria perdonado, si tu pena en vez de acercarte á ella no te hubiera alejado mas y mas.

—Tienes razon, Adriano; en los primeros tiempos asi fué, pues no podia menos de sentir un remordimiento involuntario al pensar que un amor naciente por mi mujer, no por mi mujer, esto habria sido muy natural, sino por una persona que no debia vivir mas que un año conmigo, robaba á mis pobres niñas la ternura y los recuerdos á que tenian derecho ellas solas.

—Comprendo tales escrúpulos en el primer extravío de tu dolor; pero no comprendo que una vez recobradas

© Biblioteca Nacional de España

la sangre fria y la razon, no hayas distinguido entre sentimientos tan diferentes, que no podian hallarse encontrados, pues los dos eran igualmente nobles.

El coronel tomó la mano de su amigo, la estrechó tiernamente y repuso:

—Mucho bien bien me procura lo que me dices; ya pensaba yo en ello; pero respóndeme sin rodeos, ¿no te parece que Lavinia y yo hemos cambiado enteramente?

—Confieso que la hallo cambiada y muy fria contigo, pero en su corazon arde la llama. A menudo, cuando estaba trabajando en la pieza en que yo me hallaba y oia tus pasos en el cuarto contiguo, me ponia á mirarla, y te aseguro, que aunque hubiese sido sordo de nacimiento, habria conocido que ibas á entrar, en el ligero temblor de su mano, en el rubor que cubria su frente, y en la nube que velaba su mirada.

—¡Oh! Si eso fuera verdad, dijo el coronel meditabundo, ¡si no te hubieras engañado!... Pero en nombre del cielo, dime cuándo has podido observarla tan de cerca, cuándo has tenido ocasion de hacer todas esas observaciones que reclamaban la amistad que nos une.

—Bien sabes que yo no puedo vivir largo tiempo con una persona sin tratar de penetrar sus sentimientos: instintivamente estudio todas las situaciones que se me ofrecen, y llego siempre á comprenderlas. En cuanto á las observaciones sobre la impresion que la causaba tu llegada, sabes tambien que muy á menudo la he leido versos compuestos por mi, y que en ciertas circunstancias, mi amor propio de poeta ha recibido choques desagradables.

—¡Y yo mi querido Adriano, que casi siempre estaba celoso de la atencion que te prestaba! Lavinia me dijo... pero ¿qué haces? Vas á estropear ese almohadon con tu cortaplumas.

El conde dejó con la mayor sangre fria el cortaplumas que tenia en la mano sobre el velador que se hallaba á su alcance.

—¿Qué te dijo?

—Adriano, si creyera posible dudar de tu palabra, dos veces habria dudado, pues á pesar de tu aparente sangre fria, dos veces he sorprendido en tí las señales de una emocion superior á tu voluntad. Explícame la razon.

El conde enderezándose miró al coronel con una intensidad extraña.

—Hermano, le dijo, podria negarte esa explicacion y darme por ofendido con tus dudas: pero está en el órden de las cosas que un hombre enamorado por la primera vez sea celoso, y me place estudiar en tí los singulares síntomas del amor tomando posesion lentamente de una naturaleza vigorosa, como un médico, sin hacer atencion, escucha el primer delirio de un enfermo para estudiar su enfermedad. El amigo se indignaria con sospechas tan ofensivas, si el artista interesado no se alejara un poco para observar el mal.

—Bien, bien, adelante.

—La primera señal de emocion que has notado en mi provenia del temor de que pronunciases palabras que ningun hombre de honor puede oir sin romper definitivamente con aquel que las ha proferido, y mi antigua amistad se turbaba al pensar que iba á ser destruida por el esfuerzo generoso que habia hecho á fin de asegurar tu felicidad.

—Gracias, Adriano, te creo, y ahora voy á comunicarte lo que Lavinia me ha dicho respecto de tí.

—Sí, sí, exclamó el conde, ese era mi principal motivo de agitacion, lo que ha excitado todos mis nervios...

(Se continuará.)

UN VIAJE EN FERRO-CARRIL.

No deja de ser con frecuencia comprometida la situacion de un escritor, que por deber de su oficio tiene que contar periódicamente al público lo que sucede, cuando en rigor no sucede nada. Esa situacion suele ser no pocas veces la nuestra, máxime hoy que en Cádiz no se oyen, como ha poco, ni los trinos de la Borghi-Mamo, ni los penetrantes acentos dramáticos de la Ristori, ni se ven ya correr las gentes á la plaza de toros en busca de emociones, ni acudir á las ferias de las cercanías, ni organizar bailes semi campestres, ni remojar sus ardorosas personas en las aguas de nuestro mar, ni nada en fin de aquella animacion veraniega, que baja en proporcion á lo que sube el agua en nuestros algibes, es decir, que se disipa con las lluvias. Por tanto, la reseña de los acaecimientos locales en esta época transitoria en que ha dejado de ser verano para no ser todavía invierno, ofrecia graves dificultades, que habian llegado á traducirse para nosotros en graves apuros en el momento de recibir de la inexorable imprenta la primera amonestacion. Dudando en lo que escribiriamos, suspensos, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la megilla, como decia nuestro inmortal Cervantes, caten ustedes que vemos entrar por nuestras puertas al repartidor de la correspondencia pública, vulgo cartero, el cual desembanastó de su pulida bolsa de cuero charolado una carta con el sello del correo interior. Esta carta nos sirvió de gran alborozo en aquellas alturas, no tanto por la importancia que pudiera tener para nosotros su contenido, cuanto porque nos sacaba del apuro, puesto que en ella se nos mostraba el deseo de que le diésemos publicidad por medio de nuestro periódico. Nosotros, que no deseábamos otra cosa, y que por tal de tener original que dar hubiéramos hecho imprimir hasta el recibo del casero y la cuenta del mozo, si en aquel punto nos las hubieran traido, nos apresuramps á complacer á nuestro corresponsal anónimo, puesto que era complacernos á nosotros mismos. Ahí vá, pues, tal como salió de las profundidades de la cartera del repartidor. Dice así:

«Señor Redactor de LA MODA ELEGANTE: si es consuelo en las desventuras el comunicarlas y si es parte para desahogar el ánimo el ver su relato en letra de molde, aunque solo sea para que haya mas personas que las compadezcan, yo recurro á V. para narrarle una mayúscula de que fuí víctima hace pocos dias, habiendo sido impasibles testigos de mis lamentaciones de entonces las cerradas puertas de la estacion de ferro-carril, ante las cuales tuvo lugar la dolorosa escena que voy á referirle. No fuí yo la única víctima; éramos quince ó veinte; pero al cabo alguno ha de llevar la palabra en el asunto, y ese seré yo, á falta de otro mejor, ó si se quiere, de otro mas perjudicado. Este es el caso.

Si V., como creo, ha estado en Cádiz durante estos pasados dias, habrá sentido sobre su persona los efectos de los aguaceros soberanos que nos han regalado las nubes con maravillosa explendidez. Pues bien, en uno de esos dias, ó por mejor decir, en el peor de esos dias, tuve precision absoluta de marchar á Sevilla para hablar con una persona que debia partir de allí aquella misma tarde. El primer tren salia, segun el anuncio, á las siete y veinticinco minutos de la mañana, y consultado mi reló ví que tenia tiempo todavía para alcanzarlo. Echeme á la calle, ó mas bien, vadeé la calle, porque en aquel punto parecia desgajarse el cielo sobre los muy pocos que por ella transitábamos. Apresuré el paso cuanto permitia lo horrible del chaparron, y entre nadando y corriendo emboqué por la puerta del Mar en el instante en que el reló de la casa capitular señalaba las siete y cuarto. Pocos momentos despues (porque ya he dicho que mi velocidad igualaba á la del vehículo que iba á buscar) emparejaba con las puertas de la estacion, ante las cuales habia ya unas quince personas corriendo de aquí para allí con gran vocerío. Uníme á ellas, vimos una puerta abierta, y nos lanzamos á penetrar por aquel hueco, puesto que los demás estaban cerrados. Fué, sin embargo, vano nuestro intento. Un fornido jayan, cuya gorra ostentaba las tres letras S. J. C., colocado en el dintel á modo del ángel que con la espada de fuego guardaba la entrada del paraiso terrenal, nos cerró el paso acompañando la accion con las palabras: *afuera*, *afuera*. Al ver su resuelta actitud corrimos de nuevo hácia la puerta de entrada que golpeamos fuertemente, logrando así el que por un postigo asomase otra cara y otra gorra con las iniciales dichas, ante cuya persona renovamos nuestras súplicas, rogándole que en atencion á que no habia salido aun el tren, á que ninguno de nosotros llevaba equipaje ni lio, á que se nos irrogaban grandes perjuicios, y á que estábamos calados hasta los huesos, suplicase á quien correspondiese nos dejara entrar, pues tiempo habia aun para subir en un coche, añadiéndole que estábamos todos prontos á pagar el exceso que se nos exigiese, y que los reglamentos deberán señalar para los que no han tomado billete. Prestóse el hombre, y partió á hacer presente nuestra humilde súplica, abrigando nosotros la necia esperanza de que se nos concederia tan leve favor, en el cual á nadie se perjudicaba. Aguardamos así un buen rato, al cabo del cual la misma cara con la misma gorra volvió á asomar por el mismo postigo, para declararnos que no se accedia á nuestro ruego. Desapareció la cara, el postigo se cerró, siguió lloviendo á cántaros, y hasta algo despues no oimos al silbato del tren dar la señal de ponerse en marcha, la cual fué acompañada por las voces que salian de quince ó dieziseis bocas, entonando en coro un himno de alabanza á la empresa y á los empleados de ella, por la saludable rigidez desplegada en aquella ocasion en perjuicio del prójimo.

Segun se ha podido observar de este relato, resulta que hubo lugar sobrado, no solo para escalar el coche de un tren, sino, si se me apura, hasta para trepar á lo alto de la Giralda de Sevilla; pero conviene advertir ademas que toda esta escena se verificaba al aire libre, lloviendo á mares, y con los piés en el inmundo lodazal que da ingreso al lindo vestíbulo rústico; porque la inconsideracion se quiso llevar hasta el lujo. Si las puertas interiores de los salones estaban cerradas, ¿por dónde se temia que pudiéramos penetrar en el vedado anden? ¿Ó era acaso que se sospechaba nos llevásemos alguno de los preciosos objetos que decoran aquel parador manchego?

Ahora bien, dice la Guia de Cádiz que los despachos de billetes se cierran cinco minutos antes de la hora de salida, hora que, regulándose por reloges diferentes de los de la ciudad, puede dar lugar á algun atraso muy disculpable en los viajeros; pero aun así y todo, ¿no se puede llevar ya el billete en el bolsillo, toda vez que se haya tomado en la oficina central? ¿Y entónces, porqué se impide el que uno pueda hacer uso de él? ¿Porqué se le cierran las puertas?

El hecho fué que yo tuve que aplazar mi viaje hasta la tarde, y que al llegar á Sevilla me hallé con que no estaba ya allí la persona á quien me interesaba ver. Fué pues un viaje redondo y remojado.

Para colmo de calamidades diré que me introduje en un coche-salon, cuyo techo se calaba como una canasta, y donde era el paraguas tan necesario como lo habia sido por la mañana en el lodazal de le estacion de Cádiz. En esto reconocí que la empresa, si no es amiga de hacer favores, es por lo menos equitativa; trata á los viajeros ni mas ni menos que trata á sus propios coches.

Disimule V., Sr. Redactor, que lo haya molestado con la anterior reseña, toda vez que los demás periódicos de la plaza no estaban aquellos dias para ocuparse de mis particulares cuitas, sino de asuntos de mayor calibre.

Anticipa á V. las gracias su S. S. Q. B. S. M.—*Un encomiador de la empresa de las tres letras.*»

Hasta aquí la carta. Bien venida sea, pues ella nos saca del apuro de hoy.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

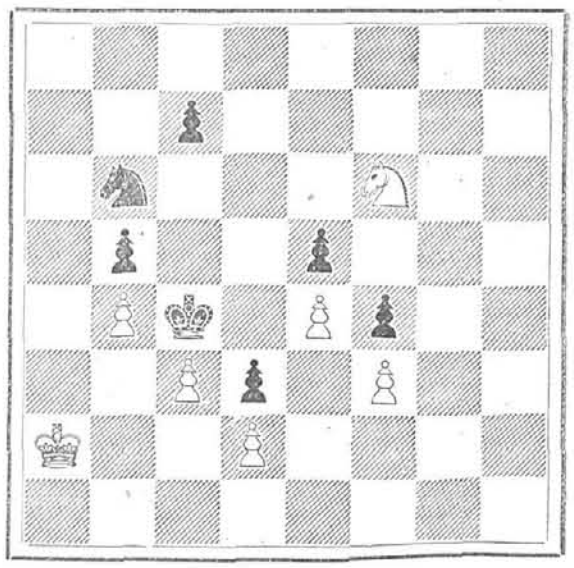
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.° 4.

BLANCAS.		NEGRAS.
1.ª *jugada.*—Peon 2.ª	Alfil de Reina, dos pasos.	Rey juega.
2.ª Alfil 5.ª	Torre de Rey.	Rey juega.
3.ª Peon 2.ª	Torre de Rey dos pasos.	Rey juega.
4.ª Peon 2.ª	Cab. de Rey, dos pasos y jaque.	Rey juega.
5.ª Rey 7.ª	de Reina.	Rey juega.
6.ª Alfil 4.ª	de Reina. Jaque y mate.	

PROBLEMA N.° 5, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 5 jugadas.

Administraciones exclusivas de La Moda.

HABANA, calle de la Habana número 126.

MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.

SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.

BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España